

INAUGURACION SALA ROSITA BLANCO.
Abril 20 de 1993.

Nos encontramos en una ceremonia muy especial.

La universidad recibe oficialmente esta sala destinada a la docencia y al equipamiento tecnológico en el área de la fotografía digital y el diseño. El tratamiento digital de las imágenes, su manejo y envío en condiciones de reproducción perfecta, son un conjunto de técnicas que han invadido los más diversos campos de la actividad científica, comunicacional y artística. No hace mucho tiempo que estas técnicas se hallaban confinadas a laboratorios especializados de microscopía o de óptica en general. Las imágenes transmitidas por las sondas espaciales vinieron a golpear fuertemente la imaginación del público que se vió trasladado a la superficie de Marte o de la Luna vistas con una asombrosa nitidez. Y luego ha venido un desarrollo siempre creciente de estas tecnologías y de sus bases teóricas, desarrollo que está destinado a introducir cambios radicales en las técnicas periodísticas y de comunicación en general. Para nuestra universidad, el hecho de que el aprendizaje en estas áreas pueda ser puesto a disposición de nuestros alumnos, constituye un motivo de alegría, porque somos conscientes de que se le está abriendo una nueva puerta al ímpetu creativo de nuestra juventud.

Pero ustedes saben muy bien que en esta inauguración hay algo mucho más profundo que está en juego. La sala estará presidida por la imagen luminosa de una compañera de ustedes, alumna de esta casa, Rosita Blanco Claro, y dondequiera que esta instalación hubiere de funcionar en el futuro, el nombre y el retrato de Rosita, acompañarán a sus compañeros de mañana, tal como el recuerdo de su vitalidad, su tenacidad y su alegría acompañan hoy a los que la conocieron en su breve paso por la tierra. Amó su oficio, el oficio que había escogido; amó a esta Escuela y en ella a la Universidad; dispensó el cariño entre sus compañeros y profesores, anduvo con decisión el camino que le había sido trazado por la Providencia de Dios, y de modo análogo nos acompaña hoy día desde fuera de nuestro tiempo, en los brazos de la misericordia en que creyó, así como lo hace en el recuerdo agradecido de los que la conocieron aquí.

Gracias a Dios por esta ocasión de decir algo sobre el trasfondo verdadero de esta universidad. Gracias a los padres de Rosita, a sus amigos y familiares que hicieron posible esta obra y sobre todo este encuentro. Porque detrás de las máquinas, detrás de la generosidad que ha animado a esta donación, detrás de su significado

pedagógico o técnico, hay algo mucho más medular. Lo que agradezco hoy en nombre de la universidad, es un gesto de amor, una expresión de benevolencia hacia nuestra obra y hacia nuestro esfuerzo; una expresión que es luminosa como la sonrisa de la niña que recordamos y fuerte como su recia personalidad moral.

En la vida se dan a veces hechos como este, que están rodeados de circunstancias que les dan un aspecto excepcional. Pero son excepcionales, no porque sean fuera de contexto, no porque sean anómalos, sino todo lo contrario, porque son la expresión pura, delicada y evidente de una realidad profunda y permanente.

Esta universidad ha sido movida por el amor a los jóvenes de Chile; por el deseo de abrirles caminos de perfeccionamiento espiritual, moral, científico y técnico; por el deseo de servirlos con entrega y devoción. Cualesquiera que puedan ser nuestros defectos y nuestras insuficiencias, es cierto que ese ha sido nuestro profundo querer. Es difícil que un joven comprenda cuanta generosidad de cuanta gente, cuanto de oscura y callada pasión, cuantas oportunidades e ilusiones sacrificadas, se han conjugado en este siglo de existencia; cuántos amigos generosos han venido a poner el hombro junto a los que cargaban la responsabilidad de la obra universitaria.

Y este hecho que nos reúne hoy día es significativo y hermoso porque está en esa tradición. Porque hay muchos que han amado esta obra por lo que ella era o por lo que quería ser, y que le han dado eso que vale más que todo que es su cariño y comprensión.

Los jóvenes de hoy eligen ellos mismos el sitio donde hayan de estudiar o trabajar. Pero estoy seguro de que muchas veces, y de que en forma normal y deseable, a esa decisión se llega con el diálogo y el apoyo de su familia. Es justo por eso que yo agradezca a la familia de Rosita el haber encauzado la vida de esa estudiante valerosa, positiva y afectuosa, para que llegara a ser alumna nuestra. Y que les agradezca hoy día en nombre de la Universidad por este recuerdo suyo que perpetúa su presencia entre nosotros.